

Medellín. Entre la devoción y el odio

Elena Acosta

Docente investigadora de la Facultad de Artes y Humanidades, ITM, escritora y amante, sobre todo, de las novelas, beatrizacosta@itm.edu.co

Medellín. ¿Qué putas sigrificas en la historia de los seres humanos?

Jacobo Cardona Echeverri, *Medellín City Punk*.

Y a Medellín, además, el cine y la novela le quedan muy chiquitos

Fernando Vallejo, *La virgen de los sicarios*

1.

¹ Ver a propósito el tercer capítulo de *Amor Líquido*, de Zygmunt Bauman, titulado "Sobre la dificultad de amar al prójimo", lo mismo que *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*.

² Zygmunt Bauman, *El amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2005), 148.

³ Génesis 4:11.14.

Mixofilia y mixofobia son dos fuerzas contrarias, pero simultáneas que se expresan sobre todo en los habitantes de las ciudades contemporáneas, la primera es atracción hacia los desconocidos y la segunda, aversión; una lleva a mezclarse con los diferentes, otra a protegerse de ellos. Zygmunt Bauman nos dejó lúcidas reflexiones sobre estos dos conceptos¹, que dan cuenta de la condición paradójica de la experiencia en la ciudad: "La vida urbana es un asunto intrínseca e irreparablemente *ambivalente*"². En el marco de su pensamiento alrededor de la que llamó "modernidad líquida", señaló los distintos impactos que la falta de seguridad en todas las dimensiones de la vida tiene en las relaciones entre los urbanitas, si bien la cohabitación de las diferencias es característica de la ciudad desde sus orígenes y, por lo tanto, el conflicto, en las ciudades del mundo globalizado estas pululan, por cuenta de la precarización y de los flujos de gentes y de información. Todos somos susceptibles de devenir invadidos e invasores, sitiados y usurpadores. Movimientos obvios cuando hablamos de ciudades a las que se precipitan copiosas cantidades de inmigrantes extranjeros que huyen de la miseria, la guerra o que, simplemente, buscan mejores oportunidades. La consecuencia de ello es una proliferación de lenguas, creencias religiosas, gastronomías, concepciones frente a las leyes,

formas vestimentarias, fenotipos, gestos y hábitos cotidianos, fiestas, rituales funerarios y toda suerte de costumbres. Dichas multiplicidades hacen que las ciudades estén cruzadas por numerosas intensidades en las que laten la violencia y la volubilidad. Por otro lado, en el origen mismo de lo urbano late el fraticidio, la fuerza cafnica compone también la sustancia de la ciudad. Incluso ya en el Antiguo Testamento, El Creador castiga a Caín con el destierro:

Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra. Y dijo Caín a Jehová: Grande es mi castigo para ser soplado. He aquí me echas hoy de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré errante y extranjero en la tierra; y sucederá que cualquiera que me hallare, me matará.³

Lo que ocurre luego de la condena es la fundación de la ciudad de Enoc (nombre de su hijo) por parte del castigado. Así, Caín, el fraticida, el desterrado, es también el fundador. La ciudad, pues, es híbrida en sí misma: violencia y destierro. Ese espacio habitado por un conglomerado humano no es territorio seguro, pues desde su origen es sitio del exilio, lugar de la grieta, compartido por extraños que, sin identificarse entre sí, están forzados a vivir juntos; por lo tanto, si bien la densificación poblacional genera una creciente sensación de inseguridad,

esta se encuentra en los orígenes mismos de lo urbano. Giuseppe Zarone⁴ llama la atención sobre esta latencia milenaria en su texto *Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano*. El filósofo encuentra una continuidad entre el carácter solar de la *polis* clásica y el saturnal de la *metrópolis* moderna, es decir, no ve en la configuración moderna de la ciudad la ruptura con un orden, sino el estallido (por expansión demográfica y espacial) de una crisis connatural a la experiencia de la construcción de ciudades, tal como si la ciudad moderna hubiese por fin desnudado el rostro de lo urbano; de ahí la importancia que para él tiene la figura bíblica del peripeto errante que se asienta y funda lugar. En este escenario de permanente desgarro, los utopistas del espacio público han planteado su zonificación de distintas maneras y en ese sentido, la ortogonalidad de Hipodamas es continuada milenarios después en las organizaciones propuestas por Le Corbusier, ambas consonantes con el idealismo platónico. Las reflexiones de Zarone sobre estas relaciones son particularmente importantes para lo que aquí intentamos pensar, pues parte de las soluciones a los problemas sociales dentro de las ciudades son confiadas a planificadores y arquitectos que siguen en gran medida lo pensado por estos tres artífices occidentales de planes y de ideas, en lo que respecta al imperativo de organizar lo desordenado, siguiendo cierto canon, todo lo cual redunda no pocas veces en separaciones, interdicciones y compartimentaciones de la vida en común. Bauman nos remite a los planteamientos de Steven Flusty en *Building paranoia*⁵, donde llama la atención sobre la creación de espacios interdictorios (vetados), cuyo fin es alejar a los extraños potencialmente peligrosos de aquellos que se sienten inseguros frente a su presencia; para el sociólogo polaco estas pretendidas soluciones "crean, por decirlo así, el problema que pretenden resolver"⁶.

⁴ Giuseppe Zarone, *Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano*. (Valencia: Pre-Textos, 1993).

⁵ Steven Flusty, "Building paranoia", en N. Ellin (ed). *Architecture of fear* (New York: Princeton Architectural Press, 1997), 47-59.

⁶ Zygmunt Bauman, *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros* (Barcelona: Arcadia, 2008), 37.

⁷ Baruch Spinoza, *Ética*. (Madrid: Alianza, 1996), 187-188.

⁸ Diego Tatián, *El odio. Consideraciones spinozistas* (Universidad Nacional de General Sarmiento, 2021), 67.

⁹ Ibid.

¹⁰ Tatián muestra en su texto la distancia que hay entre la conocida máxima sartreana, contenida en *A puerta cerrada*: "El infierno son los otros" y la concepción ética spinozista, ya que todo lo otro no compondría un infierno consistente, sino que es tarea de cada uno producir encuentros con lo que no lo sea.

Resulta claro que el otro como amenaza que es preciso mantener alejada está a su vez en el centro del odio, una de las pasiones tristes según Baruch Spinoza, quien en su memorable *Ética* la contraponía al amor, así:

El amor no es sino la alegría, acompañada por la idea de una causa exterior; y el odio no es sino la tristeza, acompañada por la idea de una causa exterior. Vemos, además, que el que ama se esfuerza necesariamente por tener presente y conservar la cosa que ama, y, al contrario, el que odia se esfuerza por apartar y destruir la cosa que odia.⁷

En la sencillez de esta doble definición subyace una complejidad insondable, si la dimensionamos con base en la implicación del aumento de la capacidad de perfección por las pasiones alegres y su disminución por las tristes: nuestra potencia de obrar se ve aumentada o diezmada en la medida en que amamos u odiamos, con lo cual, es tarea nuestra propender por el amor y luchar contra el odio, pero ¿cómo? Y lo que parece aún más irrealizable, ¿de qué modo hacerlo en la ciudad de hoy, cuyos habitantes se cuentan por millones y la mayoría, además del terror originario que provoca la idea del destierro, están heridos de explotación, abandono o literal exclusión? La mixofilia y la mixofobia entonces, más allá de la inclinación a la mezcla o la huida de ella, implican la capacidad o la incapacidad de "amar al prójimo" en el espacio de las ciudades (tal como dice el título del texto citado de Bauman), mucho más, de aquellas en las que las condiciones de vida generalizadas parecen abiertamente insoportables. Diego Tatián se pregunta: "¿Qué es entonces una manera spinozista de vivir?"⁸ y propone "un arte de producir encuentros —con seres, ideas, obras de arte, libros, cosas— que generen o prolonguen una potencia intelectual-amorosa de inventar comunidades abiertas, comunidades revolucionarias, comunidades irrecíprocas, microcomunidades invisibles..."⁹. Esta invitación como colofón a un ensayo sobre el odio (*El odio. Consideraciones spinozistas*)¹⁰. Este desafío pensado de cara a los



DORA RAMÍREZ
3/12 1989

Dora Ramírez, "De la serie Mitos. Simón Bolívar en el caballo Rousseau", serigrafía, 1969, Colección Suramericana, usada con autorización de la familia. Fotografía de Carlos Tobón

problemas urbanos redundaría en una potenciación de la mixofilia como resistencia a la mixofobia.

2.

Cabe preguntarnos ahora, ¿qué ocurre en ciudades replegadas sobre sí mismas, cuyos habitantes se enorgullecen de mantener durante generaciones rasgos idiosincrásicos casi intactos a pesar de los avances técnicos y de las transformaciones en sus infraestructuras? Y más aún, ¿qué pasa cuando a esas ciudades conservadoras llegan empero muchos inmigrantes, no extranjeros sino connacionales? Es el caso de Medellín. ¿De qué manera se despliegan entonces las dos fuerzas observadas por Bauman en el mundo globalizado, en el Valle de Aburrá? Las actitudes de los personajes creados por la literatura de ficción local presentan indicios claros que nos ayudan a pensar el carácter oscilante de los medellinenses, quienes nos debatimos a diario entre la devoción y el odio.

Desde las primeras piezas narrativas sobre Medellín nos encontramos ejemplos de un conflicto incipiente entre los antiguos ricos (que se pensaban los dueños de la villa), los nuevos (de cuna humilde y en muchos casos campesina) y, por supuesto, los pobres. Ya a finales del siglo XIX y principios del XX, los escritores regionales mostraron que desde esos tiempos muchos ciudadanos se avergonzaban por sus ancestros campesinos y sentían franco odio hacia quienes, venidos de barrios pobres o del campo, pretendiesen cohabitar con quienes habían poblado el centro desde el principio, dando lugar a una sociedad arribista y clasista. Pero entonces, la ciudad era tan solo una pequeña villa rodeada de grandes extensiones de tierra inclinada, en la que, según dice Rocío Vélez de Piedrahíta en las primeras líneas de su novela *Muellemente tendida en la llanura* (escrita ya en los tiempos convulsos), se vivía en calma: “Carlos Eduardo nació en julio por los años veinte. En ese mes y en los anteriores y los siguientes, no estaba

pasando nada en Medellín”¹¹. De hecho, don Eleuterio (el patriarca de la novela) y el médico que atiende el parto de su hijo (cuyas experiencias vitales marcan el hilo conductor de la diégesis), se refieren del siguiente modo a algunos actos de violencia sobre los que se tiene noticia:

—¡Cosas de esas no pueden pasar aquí...!
—¿Qué sabe usted, doctor Martínez de esa información según la cual en Antioquia se han registrado 217 muertes violentas?
—¡Es horrible! y es falso; fueron solamente 130 y eso incluyendo 8 suicidios; lo sé de buena fuente.
—Con este tipo de informaciones el nombre de Antioquia queda mal; sólo falta que un obrero se caiga de un andamio y lo contabilicen como muerte violenta.¹²

La novela de Vélez se compone de tres partes claramente diferenciadas: la primera alude a las décadas iniciales del siglo XX, la segunda a los años de la llamada Violencia durante la mitad del siglo y la tercera a los desafueros violentos de los años posteriores (la obra es publicada justo el último año de la centuria). Se trata de un proyecto ambicioso, en el que su autora se ocupa de setenta años a partir de los veinte, a través de la ficcionalización de la familia Fernández. La tranquilidad de la bucólica villa de los primeros años contrasta de modo escandaloso con el vértigo de los últimos. Surge, pues, de nuevo la pregunta tantas veces enunciada: ¿Qué ocurrió en Medellín durante los años ochenta? ¿Se trató de una ruptura abrupta con un *modus vivendi* sano y comunitario, o más bien, fue el despliegue hiperbólico de patologías originarias lo que desembocó en tales desafueros? Aunque muchos poetas, novelistas y estudiosos de las humanidades coinciden en señalar rasgos que permitían avizorar posibles devenires ulteriores desde los primeros años, e incluso desde los tiempos de los colonizadores antioqueños en el campo, cierta idealización de la cotidianidad pretérita atravesía también la literatura de la región¹³.

¹¹ Rocío Vélez de Piedrahíta, *Muellemente tendida en la llanura* (Medellín: Eafit, 1999), 11.

¹² Ibid., 14.

¹³ Por ejemplo, pasajes de las novelas de Fernando Vallejo, en las que el personaje narrador compara con nostalgia la Medellín de antaño con la de su presente, tal como ocurre en *La virgen de los sicarios*: Fernando cuenta que mientras caminaba por una calle del norte, justo en medio de un aguacero: “Añoré mi viejo barrio de Boston donde nací, de nobles casas con alero para que cuando lloviera nos escampáramos los parroquianos que íbamos a misa”. Fernando Vallejo, *La virgen de los sicarios* (Méjico D.F.: Alfaguara, 2002), 88. El tema central de su novela *Los días azules* es de hecho la añoranza de los días y los lugares idos: “Yo crecí con Medellín. era yo un niño berrietas y ella una ciudad chiquita; crecimos juntos, nos corrompimos juntos, la vida nos echó a perder. (...) La juventud, cuando no se le cruza la muerte, termina siempre así; en la vejez hijueputa”. Fernando Vallejo, *Los días azules* (Bogotá: Alfaguara, 2015), 178.

Ahora bien, podemos rastrear claves sobre la situación que vivimos los habitantes de Medellín desde los años setenta en obras publicadas a finales del siglo y preguntarnos, con base en estas lecturas, si hemos asumido nuestra responsabilidad colectiva en la configuración de una vida común cercada por el odio, no solo a los otros, sino también a la ciudad misma. Si bien en las obras literarias de principios del siglo XX ya se avizoraba un cierto carácter proclive a la violencia en los ciudadanos, en muchas de las escritas durante los noventa se nos presenta directamente una urbe enferma, en permanente proceso de descomposición, cuya metástasis pudre todos los rincones haciéndolos invivibles. Detengámonos brevemente solo en dos ejemplos, entre otros:

El título de la ya mencionada novela de Rocío Vélez de Piedrahíta remite a un verso de Gregorio Gutiérrez González: *Allí está Medellín, la hermosa villa, /Muellemente tendida en la llanura. (A Medellín desde el alto de Santa Elena)*. Epígrafe del libro y luego incluido en la narración de la tercera y última parte mientras se mencionan todos los agentes violentos que “destrozaban la que un día cantara el poeta”¹⁴. Medellín es pues el personaje principal del libro, que desde el verso (y en el poema entero) se nos presenta con características femeninas y que luego es vejada, ultrajada, violada por sus propios hijos. En la primera parte la ciudad aparece como escenario apacible en el que acaece la vida de Adelaida, Eleuterio y su prole; en la segunda, a pesar de la violencia que se desencadena en el país, la familia Fernández parece vivir al margen del desangre, del que tiene testimonio directo por una inmigrante que llega justo a la casa, después de que su marido es asesinado en el campo y ella pierde un brazo en el atentado:

Hortensia Lopera resultó para los Fernández la única evidencia tangible de la violencia; impávida, grisosa, de mirada serena, rostro plano y sonrisa entristecida, lavó vidrios y tapices y pisos y puertas, con la mano que le quedaba. En voz tenue, un tanto destemplada, repitió cuantas veces se lo pidieron la historia de la machetada.¹⁵

Pero en lo que se dice a continuación aparece ya un rasgo que caracteriza la

perspectiva del narrador, a saber, la creencia de que la llegada masiva de campesinos pobres a la ciudad, por cuenta de la violencia, está en el origen de la descomposición social que tendrá lugar en las décadas siguientes:

Hortensia era un átomo en el caudal de desplazados que invadió Medellín; llegaron por centenares. A pesar de su cantidad la ciudad pudo absorberlos porque en su mayoría eran fugitivos de la persecución política que llegaban con ahorros, fruto de la venta de su propiedad o negocio. Además, traían valores morales, capacidad de trabajo.¹⁶

Afirmar que la ciudad “pudo absorberlos” porque traían dinero implica que no podría haberlo hecho si no lo hubieran traído y esa idea toma fuerza un apartado más adelante y desde ahí hasta el final del libro se impone de tal modo, que en las descripciones que se hacen del poblamiento de barrios periféricos durante las décadas posteriores estos lucen como auténticas variaciones del Averno y sobre todo, sus pobladores se presentan como los “invasores”, epíteto que se repite marcando la peligrosa amenaza que representa para los antiguos habitantes la existencia de los nuevos:

Los nuevos invasores eran indefensos en la miseria absoluta. El valle de Aburrá es angosto y está cerrado por el sur y el norte por dos encuentros de montaña, los ‘ancones’; la poca tierra plana ya tenía dueño y los inmigrantes que venían en busca de médicos y trabajo, llegaban para morirse de hambre. Empezaron a colgarse como micos de las laderas del norte.¹⁷

Más adelante, como partes de una lista de las noticias que se hicieron cotidianas en tiempos de Escobar, se mencionan “Asesinatos por tandas: grupos de jóvenes en una discoteca, adolescentes apostados en una esquina de barrio subnormal (...)”¹⁸, entre otras tragedias, todo seguido de un apunte que también se repite en varios momentos: “No se trataba de una lucha de clases o enfrentamientos ideológicos, ni se originaba en la pobreza”¹⁹. La familia Fernández hace parte de esos pobladores de la parte llana de la ciudad, esa que “ya tenía dueño” cuando llegaron los “invasores” a los barrios “subnormales”. Es interesante la insistencia del narrador en que “no se trataba de una lucha de clases”,

¹⁴ Vélez, *Muellemente tendida*, 308.

¹⁵ Ibid., 113.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Ibid., 136.

¹⁸ Ibid., 308.

¹⁹ Ibid., 309.

“ni se originaba en la pobreza”; tal como afirma la filósofa Adela Cortina, en el odio al inmigrante hay menos xenofobia que aporofobia. Para el caso de Medellín, desde las obras de los primeros escritores antioqueños hasta las escritas a finales del siglo, observamos el arribismo como un rasgo mixofílico y la aporofobia como uno²⁰.

El personaje narrador de *La virgen de los sicarios* es un intelectual que ha pasado mucho tiempo fuera de la ciudad y a su regreso se enamora de un adolescente involucrado en el sicariato. Medellín se muestra en la novela como una inmensa ruina urbana y humana, postapocalíptica, en la que un grupo de “vivos muertos”, cada vez más numeroso, va por ella atravesado por la destrucción. Los amantes caminan y miran el paisaje del valle rodeado de montañas y la narración expresa esa distancia afectiva respecto a Medellín y sus habitantes, planteada por quien habla a un narrador colectivo, nosotros; distancia que se acentúa por su confesa melancolía, por la insistencia en su edad madura, por su abyección ante casi todo: “Hombre vea, yo le digo, vivir en Medellín es ir uno rebotando por esta vida muerto. Yo no inventé esta realidad, es ella la que me está inventando a mí”²¹. La descripción, de los barrios marginalizados, extendida a lo largo de la obra, coincide con las que leímos en la novela de Vélez:

Rodaderos, basureros, barrancas, cañadas, quebradas, eso son las comunas. Y el laberinto de calles ciegas de construcciones caóticas, vívida prueba de cómo nacieron: como barrios de ‘invasión’ o ‘piratas’, sin planificación urbana, levantadas las casas de prisa sobre terrenos robados, y defendidas con sangre por los que se las robaron no se las fueran a robar.²²

Pero a la “fealdad” de estos barrios, suma el narrador el que considera *ethos* de los “invasores”:

Los fundadores, ya se sabe, eran campesinos: gente-cita humilde que traía del campo sus costumbres, como rezar el rosario, beber aguardiente, robarle al vecino y matarse por chichigas con el prójimo en peleas a machete. ¿Qué podía nacer de semejante esplendor humano? Más. Y más y más. Y matándose por chichigas siguieron: después del machete a cuchillo y después del cuchillo a bala, y en bala están hoy cuando escribo.²³

Para el narrador, “las comunas” aparecieron rodeando la hermosa villa de su infancia, de casas grandes, calles tranquilas y gentes rezanderas. La ciudad del presente narrativo ya es una conurbación: “Ya para entonces Sabaneta había dejado de ser un pueblo y se había convertido en un barrio más de Medellín, la ciudad la había alcanzado, se la había tragado”²⁴. También se tragó después a Bello, a Santa Elena y ya alcanza casi a Guarne; asimismo a El Retiro. Las luces multitudinarias de algunos lados de la conurbación palpitan en la noche, amenazantes. Las del suroriente dejan ver en cambio, espacios negros entre ellas, pues sus habitantes poseen más metros de tierra, viven en casas grandes, en casas fincas o en fincas, han partido del valle, se han desplazado a zonas silenciosas en las que vivir en paz y quienes han permanecido, han buscado soluciones de interdicción para protegerse de los extraños a quienes temen. La distancia entre unos y otros se hace más grande, el desconocimiento también y por supuesto, el miedo. Es la tendencia actual de las ciudades (sobre todo en las del llamado tercer mundo): planetarización de la miseria en los barrios marginales periurbanos, cada vez más extensos, poblados por inmigrantes en su mayoría y, por otro lado, huida de los privilegiados a zonas independizadas del ojo del huracán urbano o cerrazón en burbujas de seguridad, en unidades cerradas y protegidas con sistemas de vigilancia. La revisión de esta tendencia actual que presenta

²⁰ Aunque también se muestra una forma de mixofilia en esa curiosidad, genuina o impostada, que expresan algunos habitantes de las zonas privilegiadas por la vida de los barrios populares. Los personajes de *Era más grande el muerto* (Rivas, 2017) se burlan de unos documentalistas esnobs que llegan a su barrio, ejemplos de la segunda, y Víctor Gaviria ha realizado un trabajo de conmovedora inmersión a partir de su obra poética y cinematográfica, claro ejemplo de la primera. Podría pensarse como otra forma de la mixofilia, esta vez patológica, cierta fascinación que ha llevado a la espectacularización de la miseria y la violencia en algunas obras narrativas, largometrajes y narconovelas de consumo masivo; en este caso, el gigantismo narrativo y la construcción grotesca de algunos personajes por parte de quienes buscan impactar el comercio con sus productos, instrumentaliza la pobreza, en su gesto no vemos empatía ni deseo de conocer la alteridad, sino oportunismo para efectos de mercado, de tal suerte que más que mixofilia, podríamos incluso pensar que esa caricaturización del otro que no se entiende, esa casi ridiculización de los gestos, esa hipérbole del universo sicarial, son maneras de canalizar la mixofobia y, por supuesto, de encontrarle un rédito económico al odio.

²¹ Fernando Vallejo, *La virgen de los sicarios* (Méjico D.F.: Alfaguara, 2002), 76.

²² Ibid., 59.

²³ Ibid., 29.

²⁴ Ibid., 10.

Mike Davis en su libro *Planeta de ciudades miseria*, es demoledora.

Fernando incluso reconoce que solo ha subido a “las comunas” una vez, pero afirma que las conoce: “¿Qué sé tanto de las comunas sin haber subido? Hombre, muy fácil, como saben los teólogos de Dios sin haberlo visto”²⁵. Y propone además una suerte de ciudad dual, o mejor, de una sola hendida:

Yo propongo que se siga llamando Medellín a la ciudad de abajo, y que se deje su alias para la de arriba: Medallo. Dos nombres puesto que somos dos o uno, pero con el alma partida. ¿Y qué hace Medellín por Medallo? Nada, canchas de fútbol en terraplenes elevados, excavados en la montaña, con muy bonita vista (nosotros), panorámica, para que jueguen fútbol todo el día y se acuesten cansados y ya no piensen en matar ni en la cónyula.²⁶

El diagnóstico que presenta el personaje Fernando sobre lo que observa como un rotundo fracaso urbano, deja ver que la caída se debe a todos por igual, a los de “arriba” por la perpetuación de malas costumbres y odios heredados, y a los de “abajo”, por indiferencia; pero su propuesta directa de dos ciudades da cuenta de la exacerbación *ad nauseam* de la mixofobia, de la negación al amor y al reconocimiento del diferente, de un envenenamiento por odio y por supuesto, de la consecuente impotencia (en el sentido en que la plantea Spinoza). El personaje de Vallejo está derrotado, ha fracasado y vomita a la ciudad su tristeza, su ira, su resentimiento y su animadversión.

Cierre

En el siglo XXI han visto la luz obras literarias de ficción en las que se evidencia un giro en la mirada: el mundo marginalizado está narrándose, después de años de ser narrado por otros. Esta nueva perspectiva, en la que también se ve

²⁵ Ibid., 86.

²⁶ Ibid., 84-85.

²⁷ Es justo en este sentido que la obra de Héli Ramírez y la literatura de Víctor Gaviria (por supuesto su filmografía) son inaugurales, pues en ellas todos los personajes tienen voz, también los camajanes y los sicarios. Asimismo, es pertinente mencionar la novela de María Cristina Restrepo, *La mujer de los sueños rotos* (Bogotá: Alfaguara, 2009), en la que la escritora utiliza su conocimiento del mundo privilegiado de la ciudad para mostrar los modos de penetración de la mafia en los círculos de la élite, en los que sorprende la facilidad con la que los capos y sus lugartenientes entraron a las subastas de arte, las ferias ganaderas, las reuniones sociales y las zonas residenciales ricas. Aunque algunos se resistieron, en la novela de Restrepo vemos cómo otros, no pocos, los aceptaron e incluso los celebraron. Si bien en la historia de Rocío Vélez ya aparecía un miembro de la familia Fernández involucrado en la mafia, en la de Restrepo hay un despliegue de los detalles de esta mezcla social siniestra. La literatura local entonces, va poco a poco entrando en los pormenores de la pudrición, desde todas las perspectivas; ya los habitantes del valle no aparecen solo como gentes tranquilas que fueron sorprendidas por un huracán histórico, sino que se muestran casos en los que algunos participaron de manera activa en la degradación de la vida urbana.

los rincones, de arriba y de abajo, así que no podemos escondernos los unos de los otros. En medio de esa ambivalencia consustancial a la experiencia urbana y del miedo al destierro originario (y latente) que dio lugar a las primeras fundaciones, tal vez valga la pena arriesgarnos al amor (que en el espacio urbano se expresa en la disposición para el encuentro con el diferente), no es fácil, es la tarea más difícil, como le dijo el maestro al joven poeta en unas cartas ya legendarias. ■



Juan Manuel Echavarria y Fernando Grisalez,
serie De qué sirve una taza, 2014-2023